

Homilía: 14 de marzo

IV Domingo de Cuaresma

2 Crónicas 36: 14-16, 19-23; Salmo 137: 2 - 6; Efesios 2: 4-10;

Juan 3: 14 - 21

La temporada de Cuaresma no es la época favorita de muchas personas del año eclesiástico, con sus violetas sombrías y hoy en día extravagantes vestimentas de rosas (domingo de Laetare), su ayuno y su llamado al arrepentimiento del pecado, ¡se suma para hacer que la Cuaresma no sea muy divertida! Es comprensible que nos sintamos así, pero la Iglesia realmente quiere que recobremos nuestros sentidos durante esta temporada y que usemos el tiempo para hacer un balance de nuestras vidas vividas bajo la sombra de la cruz en la comunidad de la iglesia.

Vivimos en una sociedad que promueve la autoayuda y los valores de la independencia personal y la autosuficiencia. El valor más importante promovido por nuestra sociedad es este: cuanto más podamos encontrar en nosotros todos los recursos para la felicidad y la realización, más saludables y equilibrados se cree que estamos. Dicho de otra manera, nuestra sociedad enseña el arte de salvarnos a nosotros mismos.

En este contexto, escuchamos esta refrescante declaración de San Pablo: "Es por gracia que has sido salvo, a través de la fe ... no es una recompensa por nada de lo que has hecho o logrado, es un regalo de Dios". La salvación no se encuentra en una receta secreta que requiere que averigüemos la mezcla correcta de ingredientes: sacramentos recibidos, rezos, obras de caridad realizadas; ni el secreto de la salvación está enterrado en algún libro de teología (cuanto más leo sobre teología y documentos de la iglesia, más estoy convencido de que es el último lugar donde esperar encontrar alguna ayuda con respecto a la salvación); ni se encuentra la clave de la salvación. Los escritos de los santos medievales para la salvación no se pueden aprender ni descubrir.

Como todas las cosas buenas de la vida, solo se puede recibir como un regalo. Y cuando se recibe, nunca debe dejarse de lado ni darse por sentado. La salvación solo ocurre cuando permitimos que Dios trabaje en nosotros como un artista trabaja en una pintura o un alfarero en una masa de barro. Dios, después de todo, es un artista supremo, y todos los seres humanos, desde el diplomático suave hasta el trabajador migrante desaliñado, somos la obra de arte de Dios.

En la Biblia, Dios tiene muchas "imágenes", un agricultor, un Padre amoroso que busca un hijo pródigo, un buen pastor y un alfarero que nos forma con el barro de la tierra y nos da vida.

Cada vez que miramos el crucifijo aquí en el santuario o el que adorna nuestro hogar, recordamos cuánto amor tiene Dios por nosotros. A veces me pregunto si nos hemos sentido demasiado cómodos con el símbolo de la cruz, ya que ya no nos escandaliza la extrañeza del poder salvador de la muerte de Jesús.

Si su hijo llega a casa y le dice que acaba de unirse a un grupo que tiene como logotipo una soga del verdugo, con razón se enojará. Sin embargo, nuestro símbolo central de fe es la cruz que es tan mortal como la soga de un verdugo. Entonces, tal vez hemos domesticado demasiado el símbolo, necesitamos recuperar algo de la extrañeza de todo. Porque no ve nada armonioso, razonable o incluso pacífico en el don de la salvación. Atraviesa todas nuestras actividades humanas de economía, política, gobierno e incluso la familia. El don de la salvación nos frustra porque no podemos domesticarlo ni contenerlo.

Valoramos mucho la autoayuda y nos incomoda el hecho de que la salvación solo se reciba como un regalo sin que hayamos hecho nada para merecerla. Para apreciar plenamente este don divino nos llama a ir más allá de la espiritualidad tradicional que ve a los seres humanos como miserablemente pecadores, indignos del amor de Dios. Las demandas que el vivir bajo la sombra de la cruz impone en nuestras vidas es bastante diferente al pabulum que se ofrece en los sitios web de autoayuda.

Durante el tiempo de Cuaresma, la Iglesia nos pide que reflexionemos sobre dos creencias fundamentales: el amor incondicional de Dios por nosotros y el don gratuito de la salvación manifestado en la cruz de Jesús. Nuestra sociedad solo nos dice que nos consolidemos, nos aferremos a nosotros mismos, nos mimemos, aprendamos a consolarnos de nuestras elecciones y todo estará bien. La cruz nos llama a estar abiertos a los demás, a no ser egoístas, sosteniendo cada decisión contra la necesidad de la cruz. Esto es tan difícil como doloroso.

P. Bill